

Nosotros y el Estado

Resulta bastante llamativo que en vastos sectores exista una notable e incluso total confianza en el Estado, como si se tratara de una entidad semidivina que existiera exclusivamente para velar por sus habitantes. Todo lo cual está rayano en la ingenuidad.

Más aún: no faltan incluso concepciones que consideran que el Estado somos todos nosotros (el pueblo), lo que alimenta aún más esta visión "buenista" a su respecto.

Sin embargo, ambas concepciones no pueden estar más alejadas de la realidad, lo cual resulta bastante fácil de demostrar, tanto con hechos simples, como con un poco de historia.

En cuanto a los hechos, se olvida con demasiada frecuencia que detrás de las instituciones que componen al Estado existen personas de carne y hueso, iguales a las demás, y por lo mismo, con todas sus virtudes y defectos. De ahí entonces que cueste entender cómo todavía hay gente que cree que por el solo hecho de pertenecer al Estado, los seres humanos que lo integran se volverán generosos y altruistas como por arte de magia.

Y es justamente este hecho (es decir, que lo único que existe son las personas) lo que explica que a lo largo de la historia, las peores tropelías hayan sido cometidas precisamente por los Estados, al tener el casi total monopolio del uso legítimo de la fuerza física. Prueba de ello han sido sobre todo aunque no exclusivamente, los Estados totalitarios, que han masacrado a poblaciones enteras sin titubear, precisamente porque las personas que los componen han adquirido un poder total para imponer su visión del mundo a sangre y fuego.

Todo esto explica que en particular en los últimos siglos, se hayan realizado ingentes esfuerzos –siempre insuficientes– por limitar su poder, tanto dividiendo a los organismos del Estado como regulándolo mediante leyes, lo cual permite además tener reglas claras para sa-

ber lo que pueden y no pueden hacer legítimamente. Aunque como se trata de normas, ellas son de suyo violables, razón por la cual, aunque su existencia y vigencia haya sido un gran paso, todo siga dependiendo, como siempre, de las personas que encarnan sus instituciones.

Si el Estado fuera tan bueno y misericordioso, ¿para qué tener un sistema de frenos y contrapesos que busque impedir sus abusos? Lo cual resulta aún más absurdo, si se recuerda que como señalan algunos, el Estado lo conformaríamos todos (el pueblo), pues resultaría completamente ridículo tener que defendernos de nosotros mismos.

Todo esto indica no sólo que el Estado en sí mismo no es en absoluto bueno o generoso, como ha demostrado dramáticamente la historia, sino que se trata de una entidad totalmente diferente de los ciudadanos, o si se prefiere, de la sociedad civil. El Estado es, así, una enorme y laberíntica institución, formada por algunas personas, creada idealmente para el beneficio de esa sociedad civil, pero que perfecta-

mente puede transformarse y muchas veces se ha convertido en un monstruo.

Aunque duela, es hora de dejar atrás los espejismos y los ideales infundados, no sólo porque todavía existen (y parece que nunca dejarán de existir) Estados totalitarios, sino porque incluso en aquellos que se ufanan de no serlo, cuando pueden abusar. Todo lo cual parece indicar que en el fondo, en todo Estado subyace una semilla totalitaria.

El Estado en sí mismo no es bueno o generoso, como ha demostrado dramáticamente la historia, sino que es una entidad totalmente diferente de los ciudadanos, o de la sociedad civil.



MAX SILVA ABBOTT

Doctor en Derecho, profesor de Filosofía del Derecho Universidad San Sebastián